

Reseña: *El libro de las costumbres rojas* de Elisa Díaz Castelo

Review: El libro de las costumbres rojas by Elisa Díaz Castelo

DOI: 10.5281/zenodo.16655527

Rubén Cantor Pérez
Independiente
Querétaro, México
rubencantor@gmail.com

Recibido: 06/02/2025

Aceptado: 15/05/2025

Universidad Autónoma de Querétaro
Licencia Creative Commons Attribution - NonComercial ShareAlike 4.0
Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)



Elisa Díaz Castelo, poeta multipremiada y autora de *Principia* (2018), *El reino de lo no lineal* (2020), *Proyecto Manhattan* (2021) y *Planetas habitables* (2023), ha mencionado en diversas entrevistas que la génesis de estos relatos se puede rastrear alrededor del año 2016, cuando fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas. En ese momento, refiere la autora, empezó a confeccionar una narrativa que naturalmente estaría emparentada con su voz poética, pero que no por ello carecería de autonomía.

Hay una cita del libro que sintetiza el espíritu de la obra: “Tal vez, pensó, si miramos cualquier cosa con el cuidado suficiente, se desvela un envés de oscuridad” (Castelo, 2023, p. 120). Si alguien se queda viendo fijamente un punto, ya sea en la oscuridad o en un espejo, con el tiempo brotará algo que lo asustará o lo inquietará. El libro nos invita a explorar el envés de la realidad en busca de respuestas, o de más preguntas que necesitamos hacernos para conocernos mejor, como una especie de terapia sobrenatural, en otras palabras, someter la realidad a un estudio desde la imaginación.

Cuando lean *El libro de las costumbres rojas* (2023) tendrán la oportunidad de llenar espacios de indeterminación que Elisa Díaz va colocando, de manera discreta, en medio de anécdotas que podrían estar escuchando en una plática con amistades, de esas charlas que surgen ya pasadas varias horas y que nos revelan toda una nueva profundidad de la situación u otras dimensiones. Como en el primer cuento, “Dime con quién andas”, donde Luis de pronto no reconoce a Leonor en la oscuridad de una sala de cine y comienza a cuestionarse si la persona que apoya su cabeza en su hombro es en realidad su pareja. O como en el segundo cuento, “Hoy también es miércoles”, donde los objetos que vemos en un departamento poco a poco nos van revelando un misterio que Elisa nos permite resolver de forma individual.

Así que estamos ante doce perturbadores relatos. Y hasta el orden de los cuentos tiene un sentido, pues pareciera que se van comunicando entre ellos a través de la proximidad; se van contagiando el absurdo como si se tratara de un virus. La sensación de un relato puede encontrar continuidad en el siguiente y así el libro funciona como un organismo que emite suspenso e incomodidad. Por ejemplo, en el octavo cuento, “Nunca lo fue”, Lavinia, la protagonista, comienza a olvidar palabras de la nada y llega a decir: “El mundo pronto estará en un idioma que yo desconoceré” (2023, p. 89). Y al inicio del siguiente relato, “Largo viaje de agua hirviendo”, nos encontramos con que Julio “sentía que

el mundo estaba en otro idioma” (2023, p. 91). O en el segundo cuento, “Hoy también es miércoles”, la protagonista dice que “Jacobo me mira como si hablara otro idioma” (Castelo, 2023). Esta imposibilidad de comunicarse cruza a la mayoría de los personajes, quienes en estas páginas recorren un viaje interior que, estoy seguro, conecta con las lectoras y lectores en algún momento de la historia, haciendo al libro inquietante y, al mismo tiempo, entrañable.

Vale la pena mencionar algunos de los relatos donde se percibe la sensación de inquietud, como el séptimo, titulado “El principio de la gravedad”, el cual ocurre en una casa donde no se deshacen de los adornos navideños para no desprenderse del recuerdo de un ser querido; o el décimo cuento, “Transferencia”, donde una persona se queda encerrada con su psicoanalista e intercambian roles; o el tercer relato, “*Gimme Shelter*”, el cual parte de la tragedia de un paseador de perros y termina como una historia de ciencia ficción a partir del poder de la palabra hablada, de lo que le cuenta un personaje a otro. El libro tiene cuentos muy valiosos, sin embargo, lo que más destaco de la obra es que es un conjunto de relatos que se comunican entre ellos y en su totalidad adquieren una fuerza superior. En conjunto, hacen surgir un cúmulo de oscuridad o “maldad” entrecomillada.

Como se ha mencionado, este libro es una charla súper interesante con amistades, no obstante, también resulta ser una experiencia voyerista. Elisa Díaz nos permite estar detrás de una puerta, ocultándonos, mientras nos presenta situaciones fuera de lo común que nos dejan con la boca abierta.

Es como si en esta antología, Elisa tomará la pintura que tenemos en nuestro cuarto, esa que conocemos de memoria y entonces se la lleva para al día siguiente regresarla, pero con un elemento diferente. Y ese pequeño detalle nos hará cuestionarnos la supuesta normalidad que pensábamos que tenía el cuadro. En estos cuentos, ese elemento “anormal” se expande lentamente hasta estar a punto de cubrir todo el cuadro. De tal manera que no nos deja una sensación de turbación violenta, más bien es un proceso que se desarrolla paulatinamente y que opera con fineza.

Por otro lado, claro que hay poesía en la narrativa de Elisa Díaz, esto se debe a su trayectoria literaria. A continuación, cito nueve frases poéticas que sirven para darle hondura a las historias que nos cuenta:

- “En la oscuridad somos un poco más quienes somos, al fin que nadie nos ve, ni siquiera nosotros mismos” (2023, p. 10).
- “ las luces de la memoria se van apagando, una a una, hasta que sólo queda un espacio reducido cuya luz, tenue y ambarina, se aferra a los pocos objetos que sobreviven intactos y ni siquiera son, para nuestra zozobra, los más significativos” (2023, pág. 15).
- “Los ojos de Evelyn brillaban con el silencio de los incendios que se miran a lo lejos. No había cómo apagarlos” (2023, p. 36).
- “rojo. El primer color que aprendemos. Que sabemos ver. El color que rompe nuestra boca cuando lo pronunciamos. Y me dolía el cuerpo mío que no sabía ser rojo” (2023, p. 52).
- “Quizá todo sitio peligra cuando nadie lo ve, pensó, el mundo necesita un testigo, al menos uno, para existir o haberlo hecho” (2023, p. 58).
- “A veces siento que en nuestra casa nosotros éramos personajes secundarios y ellos, los objetos, los verdaderos protagonistas” (2023, p. 65).
- “cada nombre es una luz que ilumina la cosa y esas luces se extinguen.”
- “Me impresionó lo parecido que era a sí mismo” (2023, p. 88).
- “Me recuerdan a los charcos de lluvia sobre el asfalto manchado de gasolina, esa iridiscencia asombrosa, tornasolada, pero en el fondo sucia” (2023, p. 112).

El libro de las costumbres rojas es el segundo libro de Elisa Díaz Castelo que publica Elefanta Editorial, el primero fue *Proyecto Manhattan*. Y es curioso que ambas obras, aunque una sea poesía y la otra narrativa, comparten un elemento común: la polifonía. En *Proyecto Manhattan* Elisa utiliza varias voces para contarnos una versión muy particular de la creación de la bomba atómica, resaltando la participación femenina en un hecho histórico que la historia oficial tiende adjudicar a un solo hombre: Robert Oppenheimer. Elisa realiza un auténtico acto de justicia poética y le da voz a Jean Tatlock, a Kitty Oppenheimer, a las mujeres de Oak Ridge y a Leona Woods.

Este mismo recurso se puede observar en al menos dos cuentos de *El libro de las costumbres rojas*. En “Las costumbres de las placentófagas” estamos ante una historia de ciencia ficción en la que las mujeres batallan por procrear y, en consecuencia, comienza a popularizarse la práctica de comer la placenta con el objetivo de estimular la fertilidad. Diversos personajes van construyendo la historia a través de breves monólogos que, en orden cronológico, nos cuentan la evolución de esta tragedia humana.

Por otro lado, en “Largo viaje de agua hirviendo” se narra la fascinación que el escritor Mario Bellatin produce entre las becarias y becarios de una especie de Fundación para las Letras Mexicanas. La atracción origina una secta que imita hasta el más mínimo detalle de la vida y obra del escritor. Esta experiencia igualmente es contada por distintos personajes, algunos más comprometidos que otros con la tarea que emprenden por emular al escritor. Esta dinámica polifónica permite explorar un tema desde diversos ángulos, ya que cada una de las voces da luz desde su propia ubicación, consiguiendo que las lectoras y lectores comprendan mejor lo que está en juego.

Otra obra de la autora con la cual se conecta su más reciente antología de cuentos es *Principia*, su ópera prima del 2018. En ambos textos Elisa Díaz Castello hace uso del lenguaje científico para condimentar sus palabras. Poemas como “Escoliosis” o “Agujero negro” son un ejemplo de este interés por recurrir a la ciencia para poder expresarse mejor o de una manera peculiar. Por su parte, en *El libro de las costumbres rojas* hay dos cuentos que están habitados por la terminología científica: “Las costumbres de las placentófagas” y “Plantas de sombra”. En el primer cuento se intercalan entre corchetes fragmentos de artículos especializados sobre el uso de la placenta y, en particular, de la placentofagia, como se puede leer a continuación:

[Se recomiendan las pastillas de placenta deshidratadas y encapsuladas para consumo futuro en el tratamiento del insomnio y otros trastornos del sueño, en caso de inflamación y para cicatrizar, ante signos de envejecimiento en la piel y el cabello y para la regulación hormonal relacionada con las dificultades durante la menstruación y la menopausia.] (2023, p. 53)

Por su parte, en “Plantas de sombra” la protagonista vive con dificultad un *baby shower* mientras se debate entre ser o no ser madre. Esta disyuntiva interna la articula por medio de la vegetación que impera en la casa donde se

desarrolla la trama y es ahí donde Elisa Díaz aprovecha esa vena científica para resignificar la maternidad, como se puede apreciar en la siguiente cita:

Se trata, sin lugar a dudas, de un espécimen de Argemone, la amapola mexicana, que suele proliferar en terrenos de cultivo pero aquí, ahora, por alguna razón. Silvia toca con delicadeza los pétalos suaves y carnosos, murmura su nombre completo, *Argemone alva*, roza apenas las hojas y luego, hierbamala, dirige su mano hacia el tallo. Con un solo movimiento de tajo, como lo hacía su abuela, la arranca de la tierra. (2023, p. 131)

Este recurso de combinar el lenguaje poético con el científico es algo que Elisa Díaz Castelo ha ido desarrollando desde sus primeras obras. Ya para *El libro de las costumbres rojas* es notable que la autora está en su elemento cuando efectúa estas dinámicas. Todo esto al final en beneficio de quienes la leemos, pues nos brinda una visión original de la cotidianidad, a la vez que rompe con los lugares comunes de la poesía y la narrativa.

Al final del libro, la misma autora hace notar lo siguiente:

Cuando escribí la primera versión de *Nunca lo fue*, me pareció que se trataba de un argumento original en tanto extravagante. Sin embargo, en el curso de los siguientes años descubrí otros dos cuentos con premisas similares, uno de Úrsula Fuentesberain, contenido en su libro *Esa membrana finísima*, y otro de Olivia Teroba, incluido en *Pequeñas manifestaciones de luz*. Recomiendo la lectura de ambos relatos. Hay que preguntarse por qué tres cuentos de tres autoras mexicanas, pertenecientes a la misma generación, tratan sobre mujeres que pierden el habla. (2023, p. 133)

Este tipo de comentarios hechos por la misma autora reflejan la naturaleza de lo que están escribiendo las autoras contemporáneas. ¿Será que estas casualidades no son tan casualidades a fin de cuentas? Es importante que las lectoras y lectores se cuestionen, tal como sugiere Elisa, por qué estos temas se repiten en autoras tan cercanas geográfica y temporalmente.

Referencias

Díaz Castelo, E. (2023). *El libro de las costumbres rojas*. Elefanta Editorial.